

Resumen

El tema del cuidado y las responsabilidades familiares, principalmente el cuidado de los niños y las personas dependientes, plantea de manera directa la interrogante acerca de la posición de las mujeres y su igualdad en distintos ámbitos de la sociedad. Si bien existen rasgos comunes a todas las mujeres que tienen responsabilidades familiares y de cuidado, éstas no son un grupo homogéneo, pues sus responsabilidades dependerán de la clase social a la que pertenecen, la edad, el estado civil o el lugar de residencia. El aumento generalizado de la tasa de actividad femenina, particularmente de las madres, replantea la pregunta acerca de las obligaciones familiares y la forma de compartirlas. ¿Quién asume los costos del cuidado de las personas dependientes, en particular de los niños? ¿Cómo deben repartirse los roles y la responsabilidad entre el Estado, la familia, el mercado y la comunidad? Estas interrogantes son las que aborda el artículo.

Palabras clave: Género / Cuidado / Trabajo / Familia

Abstract

The issue of care and family responsibilities, particularly the care of children and other dependents, directly raises the question about equality and the position of women in different spheres of society. While there are several common aspects to all women who have family and care responsibilities, women are not a homogenous group, as their responsibilities will depend on social class, age, marital status or place of residence. The general increase in female labor participation rate raise again the question about family obligations. Who bears the costs of caring for dependents? How should the roles and responsibilities between the State, the family, the market and the community be shared? These questions are addressed by the article.

Keywords: Gender / Care / Work / Family

La pobreza desde un análisis de género

Lucía Scuro Somma¹

Partiendo del supuesto de que la pobreza y las oportunidades para su superación divergen entre varones y mujeres, este artículo debate sobre la medición de pobreza y desigualdades sociales desde una perspectiva de género. Para un riguroso análisis de esta temática, es indispensable el abordaje del fenómeno desde su multidimensionalidad. Una de estas dimensiones tiene que ver con la centralidad del tiempo en la vida de las personas. Para ello se considera sustantivo evidenciar las desigualdades entre varones y mujeres en el uso del tiempo y en la realización de trabajo no remunerado, poniendo énfasis en la mayor carga de este tipo de trabajo que se observa en las mujeres. A partir del módulo sobre Uso del Tiempo y Trabajo No Remunerado de la Encuesta Continua de Hogares (INE; 2007), el trabajo incorpora algunos de los indicadores surgidos en los estudios más recientes de la región. Se trata de visibilizar las desigualdades de género en el interior de los hogares, la sobrecarga de trabajo no remunerado y en el tiempo que se destina al trabajo doméstico, lo cual se relaciona con el tipo de arreglo familiar, entre otros aspectos, lo que marca diferencias en la vida cotidiana de varones y mujeres.

El concepto de pobreza y las limitaciones en la medición

El análisis de la pobreza y las desigualdades sociales es una preocupación central para los gobiernos, la academia y los organismos internacionales en América Latina, y Uruguay no es una excepción en esto. Las diferencias en el acceso al bienestar entre las personas es un fenómeno que ha sido estudiado básicamente por medio de los niveles de ingreso de las poblaciones. Esta perspectiva asimila las categorías pobre / no pobre exclusivamente a la cantidad de ingresos de los hogares, asumiendo una igual división entre los miembros para llegar a un indicador sintético: el ingreso per cápita de los hogares, que sencillamente contabiliza todos los ingresos y los divide entre el número de miembros del hogar.

La pobreza de ingresos ha sido la forma más extendida y legitimada de clasificación para ubicar a las personas en la estructura social y económica. Si bien este método aún es el más utilizado, desde hace algunos años ha sido cuestionado y una multiplicidad de estudios visibilizan las carencias del enfoque para el abordaje y la superación de la problemática de la pobreza. En las últimas décadas, los análisis de la pobreza han tendido a adoptar enfoques más abarcativos que requieren el reconocimiento de la multidimensionalidad del fenómeno, ya que además de tener aristas relacionadas con la “privación física” también comprende factores no materiales que se vinculan con la “privación social” –autoestima, respeto, poder, uso del tiempo, etcétera– (Chant, 2003).

Hace más de una década, Nancy Fraser (1997), en su libro *Iustitia interrupta*, planteaba que en la amplia ma-

¹ Magíster en Sociología, Universidad de Campinas, Brasil. Docente del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República. lucia@fcs.edu.uy

yoría de los países del mundo, las desigualdades aumentaban no sólo en términos de ingresos y riquezas, sino en cuanto a las “capacidades” medidas en términos de agua y aire descontaminados, por ejemplo, o de acceso a la salud y a la educación, al trabajo, pero también como la posibilidad de vivir sin torturas y libres de agresiones sexuales.

La definición de la pobreza, y por ende su operacionalización para la medición, no ha sido nunca neutral ni ajena al debate académico. La construcción del concepto de pobreza, el conjunto de carencias que se escogen para definirla, así como su forma de medición forman parte de un paradigma o mirada a la realidad que es pasible de divergencias. “La conceptualización teórica de la pobreza es y será motivo de arduas discusiones. [...] No sólo en la forma de medición de las carencias, también en la determinación de cuando una necesidad está satisfecha, e incluso en la propia selección del conjunto de carencias mínimas que definirían una situación de pobreza, hay más de un punto de vista” (Batthyány, 2005).

Un aporte fundamental realiza Esping-Andersen (2000) en su libro Fundamentos sociales de las economías postindustriales, en el cual revisa su planteo respecto de las esferas que constituyen el bienestar y destaca la relevancia de las familias como actor central en la producción de bienestar, junto al Estado y al mercado. El nivel de bienestar de las personas depende de su relación con estas esferas. Así, la disponibilidad de trabajo y los niveles de remuneración determinan la cantidad de bienestar y de servicios que los hogares pueden adquirir en el mercado, y el acceso –o no– a servicios públicos o privados. El alcance del bienestar también implica la capacidad de hacer frente a los riesgos que en las sociedades actuales se presentan y requieren nuevas formas de respuesta. Ante este escenario, una pregunta clave para entender más profundamente las desigualdades sociales consiste en saber cómo las mujeres procesan estos cambios y se insertan en el mercado de trabajo, pero también cómo articulan las responsabilidades del ámbito familiar para hacer frente a las nuevas situaciones del ámbito laboral –precariedad, inestabilidad, desempleo, etcétera–, “incertidumbres y riesgos” propios de esta época.

Según Esping-Andersen (ob. cit.), los crecientes riesgos de pobreza y exclusión social no constituyen características necesariamente inherentes e inevitables de nuestra sociedad, sino que nacen del “mal funcionamiento” de dos instituciones: el mercado de trabajo y la familia. Considero relevante puntualizar aquí que más que en el mal funcionamiento, el crecimiento de los riesgos debe situarse en la deficiente articulación de ambas esferas, y la problemática articulación entre el ingreso al mercado de empleo y la capacidad de mantener el espacio de la

familia y las relaciones entre sus miembros en funcionamiento para satisfacer las necesidades de estos. Algunas de estas dificultades serán revisadas más adelante a la luz de las diversas dimensiones tales como la pobreza de ingresos y el uso del tiempo entre varones y mujeres.

Este panorama que se dibuja para afrontar los riesgos de la vida cotidiana no toca de igual modo a varones que a mujeres. A través del concepto de división sexual del trabajo podemos comprender que las tareas para la vida, en sus esferas productiva y reproductiva, están asignadas de forma diferente entre personas de diferente sexo. Esto podría no ser un problema, si de la asignación no resultarían oportunidades de desarrollo desiguales y no se viera afectada la apropiación de recursos y usufructo de derechos para unas y otros. Vale aclarar que no es el hecho de la diferencia lo que afecta el acceso a oportunidades de un colectivo, sino, que esas diferencias se tornen desigualdad y que, partiendo de características distintas, se susciten jerarquizaciones y valorizaciones que devengan en desigualdad de oportunidades.

Si partimos de reconocer que la pobreza y las desigualdades son fenómenos ineludibles para pensar las políticas públicas de los países de la región, debemos comprenderlos cabalmente y entender episodios muchas veces invisibilizados. “La interpretación de la naturaleza precisa de la pobreza depende de factores culturales adscriptos como los relativos al género, raza y etnia, así como del contexto económico social e histórico” (Arriagada, 2004).

Como se mencionó anteriormente, la pobreza se ha conceptualizado y medido tradicionalmente desde la carencia de ingresos o la insatisfacción de necesidades básicas, omitiendo las especificidades y las relaciones con las dimensiones que plantea Arriagada. Según esta autora, además de los ingresos, existen al menos cinco fuentes más de bienestar que deberían estar comprendidas en el análisis de la pobreza. Ellos son:

- Los derechos de acceso a los servicios o bienes gubernamentales gratuitos o subsidiados
- La propiedad o derecho de uso de los activos que proporcionan servicios de consumo básico (patrimonio básico acumulado)
- Los niveles educativos, las habilidades y las destrezas como expresiones de capacidad de hacer y entender
- El tiempo disponible
- La autonomía de las personas

Si bien estas dimensiones son de naturaleza diversa, y asequibles en forma diversa, constituyen el punto de partida para la reflexión sobre la pobreza como un fenómeno mucho más complejo que la existencia de de-

terminado monto de dinero en determinado momento en un hogar.

El problema del hogar como unidad de medida de la pobreza

Desde el análisis de género, una de las principales dificultades para trabajar el tema de la pobreza es que las metodologías existentes y extendidas toman como unidad de medición el hogar. Esto ha llevado a las especialistas que tratan el tema en forma cuantitativa a adoptar otros indicadores, como son los de autonomía económica, la posesión de ingresos propios, el porcentaje de aporte monetario de las mujeres al ingreso del hogar.

Las actuales mediciones de pobreza, tal y como están planteadas, no son sensibles a la perspectiva de género, ya que tratan indicadores agregados y toman como unidad de análisis el hogar. Esta metodología no ha sido diseñada para responder preguntas sobre la pobreza desde el punto de vista de los individuos, sino desde un colectivo supuesto (Montaño, 2003).

Según definiciones del Instituto Nacional de Estadística, un hogar se define como la persona o grupo de personas que habitan bajo un mismo techo y que al menos para su alimentación, dependen de un fondo común. Estas personas suelen efectuar la unificación de sus ingresos, mediante la constitución de un presupuesto común, y establecer el uso compartido de bienes durables o no durables. Por lo general, este grupo está integrado por un conjunto de personas vinculadas entre sí por lazos familiares, pero no es necesario que sean parientes para cumplir con la definición de hogar (www.ine.gub.uy).

Desde el punto de vista analítico, como hace notar Naila Kabeer (2006), al “hogar” se lo identificó con un modelo de “familia nuclear occidental” idealizada, con un proveedor varón, y mujer e hijos dependientes de él. Esto obligó a los planificadores a edificar las líneas principales del desarrollo en base a ese modelo centrado en el varón sustentador del hogar. Al mismo tiempo, dirigieron varios programas de ayuda social –salud de la madre y los hijos, planificación familiar y nutrición– hacia las mujeres. El resultado fue el surgimiento y la profundización de una brecha de productividad basada en el género, más algunos impactos negativos en el estatus de la mujer en la economía (Kabeer, ob. cit.).

Evidentemente en el concepto de hogar que se utiliza para fines estadísticos, y que es base de la medición de la pobreza, subyace la idea de entidades armónicas en las que sus miembros están dispuestos a repartir equitativamente sus ingresos para satisfacer ciertas necesidades. Milosavljevic (2007) señala que esto lleva a desconocer

las dinámicas dentro del hogar y las distintas relaciones de poder que se establecen entre sus integrantes. Y argumenta que para entender las especificidades de la pobreza de las mujeres, es preciso tomar conciencia de que esta, en comparación con la de los hombres, no debe verse solamente como el resultado de la desigualdad de distribución de los ingresos, sino como producto de la subordinación de las mujeres. Así se cuestiona el supuesto que habla de hogares pobres y no pobres, identificando las desventajas y la subordinación de las mujeres dentro de los hogares pobres, pero también la existencia de mujeres potencialmente pobres en hogares no pobres.

La importancia del tiempo para el análisis de las desigualdades

En las sociedades modernas, la división sexual del trabajo condujo a una clara separación del ámbito público y el privado, y por consiguiente los roles y tareas que se deben desempeñar en cada uno de ellos. La división dentro de las familias establecía una clara asignación basada en el modelo dual “*breadwinner*”, en el cual el ámbito público corresponde a los varones, y a las mujeres las tareas domésticas en el ámbito del hogar. Sin embargo, argumenta Astelarra (2005), la desigualdad puede ser definida no sólo desde la perspectiva de la división sexual del trabajo, de la división de los ámbitos, sino también a través de la distribución del tiempo que ello demanda. El tema del tiempo y su importancia en la discusión sobre las desigualdades de género se abre paso en la reflexión feminista actual.

Si bien el estudio del tiempo tiene antecedentes en la teoría social, el creciente interés por el valor del tiempo tiene que ver con un conjunto de factores que han sido identificados con claridad por María-Ángeles Durán (2007): los cambios demográficos, el aumento del tiempo invertido en actividades no directamente productivas, así como el transporte y las gestiones burocráticas, y la expansión de los medios de comunicación y la industria del ocio como sector de la economía. Simultáneamente, cada vez más las reivindicaciones de las organizaciones de mujeres y los estudios sobre las relaciones de género muestran lo escasamente visible que resulta el trabajo no remunerado –mayoritariamente femenino– en las interpretaciones económicas y políticas. Esto lleva a que el estudio del uso del tiempo de las personas se torne central para la planificación económica de algunos sectores, pero también para quienes están interesados/as en entender por qué el uso diferencial de tiempo puede producir desigualdades.

Refiriéndose específicamente a los cambios demográficos, Durán (op cit) insiste en que: “Los cambios demográficos han traído consigo una proporción elevada de prejubilados y de personas de avanzada edad que obligan a reinterpretar la sociedad y la economía con categorías nuevas. Para entender este cambio, el tiempo es una categoría clave”. Esto significa que la organización del tiempo –un día, una semana, una tarde– está vinculada a las atribuciones sociales asignadas a determinados colectivos. Con la metáfora del agua y el aceite, la autora propone pensar las dificultades de articulación que se plantean para mujeres entre las actividades remuneradas y no remuneradas y la poca visibilidad que este conflicto ha tenido en términos de discusión del acceso a mejores oportunidades.

En su trabajo La pobreza de tiempo: una revisión metodológica, Araceli Damián (2003) establece que el tiempo es un recurso fundamental para los hogares, y su disponibilidad o carencia afecta directamente la calidad de vida de los miembros. La autora realiza un recorrido entre analistas que han hecho esfuerzos por incorporar esta dimensión a los trabajos respecto de la pobreza, y establece la necesidad de un sistema estatal que acompañe la incorporación de las mujeres al mercado laboral, con oferta de servicios de cuidado. Damián establece que “Si bien la pobreza de ingreso identifica a los hogares que no pueden adquirir bienes y servicios en el mercado para satisfacer sus necesidades humanas básicas, la dimensión de la pobreza de tiempo nos muestra que aun cuando estos puedan adquirirlos, la carencia de tiempo revela que los hogares requieren realizar diversas actividades y/o establecer relaciones humanas para satisfacerlas. Por ejemplo, para satisfacer la necesidad de alimentación se requiere adquirir alimentos (ingreso) y prepararlos para su consumo (tiempo)” (Damián, ob. cit.).

Como veremos más adelante, las principales realizadoras de estas tareas no remuneradas y que insumen tiempo para la supervivencia de los miembros del hogar son las mujeres. Esta mayor dedicación a las tareas del hogar no remuneradas disminuye el tiempo de las mujeres para la procura de ingresos y así socavan sus posibilidades de inserción en el mercado remunerado de empleo.

¿Afecta de igual manera la pobreza a varones y mujeres?

La llamada “ceguera de género” de los enfoques económicos predominantes –pretendida neutralidad de la ciencia frente a los sexos– ha sido destacada en relación con el fracaso en la consideración de las restricciones

particulares que enfrentan las mujeres. En concordancia con esto, Aguirre (2006) observa que las organizaciones de mujeres y los centros académicos han otorgado visibilidad a los vínculos entre pobreza y género a partir de investigaciones y experiencias de promoción. Así, los primeros trabajos con perspectiva de género, que intentaron introducirse en la discusión de la pobreza, datan de la llamada Década de la Mujer (1975-1985), los cuales quisieron llamar la atención sobre el vínculo entre las desigualdades de género y el desarrollo. Este decenio fue rico en perspectivas, entre las cuales se recaló cómo las mujeres sistemáticamente llevaban en términos de ingresos desventajas respecto de los hombres.

Luego de estos aportes hubo una etapa de profunda preocupación por los hogares encabezados por mujeres. La discusión giró en torno a la viabilidad económica de los hogares con jefatura femenina y colocó a la “mujer-jefa” como indefectiblemente pobre. Se estableció un vínculo definitivo entre los hogares encabezados por mujeres y el concepto de “feminización global de la pobreza” y tales hogares fueron asumidos como los más pobres entre los pobres (Chant, 2003). Esta concepción tuvo efectos perversos ya que algunas de sus premisas fueron transformadas más en estigma que en insumos para el análisis, lo cual dejó a las mujeres “jefas de hogar” frente a la sospecha permanente y la victimización.

Las afirmaciones acerca de la sobre-representación de las mujeres entre los pobres, que se han realizado en numerosos estudios, han sugerido la idea de la generalización de la feminización de la pobreza. Si bien puede encontrarse información que la respalda en algunos contextos, no sucede lo mismo en otros, como en el caso de Uruguay. En 2006, el 27,7% de los hombres vivía en hogares pobres, mientras que el 26,0% de las mujeres estaban en la misma situación (Batthyány, Cabrera, Scuro, 2007). Esta medición en base a la línea de pobreza para ese año muestra que el abordaje de la pobreza de las mujeres no pasa únicamente por el cálculo de los ingresos per cápita de los hogares, dado que como se ha mencionado la posición de varones y mujeres en los hogares es diferente.

Muchas de las mujeres que escapan a la categoría de “pobres” son mujeres de edad avanzada, que viven en hogares unipersonales y que a través de una jubilación o pensión probablemente no “caen” en situación de pobreza de ingresos pero, por ejemplo, no se sabe si ese ingreso (superior a la línea estipulada) les permite abastecerse en términos de cuidados, medicamentos y una serie de servicios imprescindibles a partir de determinada edad. Esto implica explorar las causas de pobreza de las mujeres no desde el punto de vista de su “sobre-representación”

entre los pobres, sino desde las desigualdades sociales y la falta de oportunidades para su superación.

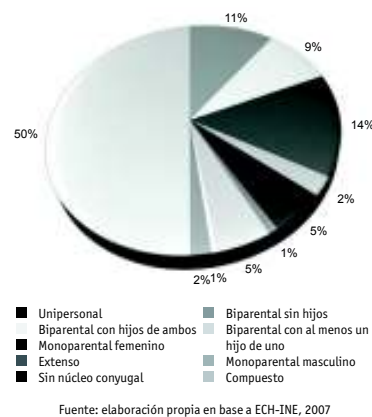
Los tipos de hogares

Si partimos de que el tipo de arreglo familiar en el que viven las personas puede tener un impacto diferenciado para varones y mujeres, y puede contribuir o no a la reproducción de ciertos patrones que colocan a las mujeres en roles y tareas que coartan sus posibilidades de desarrollo personal, entonces se torna central analizar las pautas de convivencia familiar de las personas en Uruguay, qué tipo de hogares conforman y qué consecuencias puede tener ello para unos y otras.

Así, si se sostiene que existen desigualdades de género que operan en la permanencia o superación de la pobreza, y que esto se relaciona entre otras cosas con cómo se estructuran las familias. Ello conduce a conocer más sobre su composición y características y, particularmente, a profundizar en el funcionamiento interno de los hogares para hacer frente a la reproducción cotidiana.

En nuestro país, en 2007, los hogares se distribuían de la siguiente manera:

Gráfico 1. Tipos de hogares en Uruguay. Año 2007

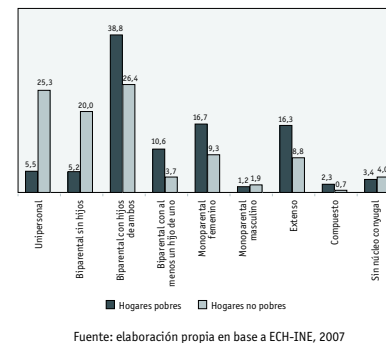


Según estos datos, 4 de cada 10 hogares están integrados por parejas sin hijos (biparentales sin hijos) o personas que viven solas (hogares unipersonales). Luego, un 33,5% de los hogares son biparentales con hijos, sean estos de ambos cónyuges o de al menos uno de ellos, es decir, hogares reconstituidos. Finalmente el 10% de los

hogares se conforman por mujeres con sus hijos y sin pareja en el hogar, y otro 10% donde viven parejas o madres/padres con su/s hijo/s y otro pariente en el hogar.

Observemos cómo se distribuyen estos hogares medidos según el método tradicional de la línea de pobreza. Aún teniendo en cuenta los cuestionamientos antes mencionados, la Gráfica 2 nos permite aproximarnos a desigualdades sociales en la constitución de las familias, cuestión que se presenta como un importante espacio a explorar en el abordaje de la pobreza.

Gráfica 2. Tipo de hogar según situación respecto a la pobreza. Año 2007



Fuente: elaboración propia en base a ECH-INE, 2007

Entre los hogares no pobres, un 45% se concentra en los unipersonales o de pareja sin hijos, esto es, en casi la mitad de hogares que se encuentran por encima de la línea de pobreza no hay menores. Estos dos tipos de hogares, en el caso de los hogares pobres, llegan apenas al 10,7%.

Sin embargo, en el caso de los hogares pobres casi el 50% de ellos son hogares biparentales con hijos (de ambos o al menos de un cónyuge) Se puede inferir que son estos los hogares donde se concentra el mayor número de niños y niñas. Los hogares no pobres biparentales que incluyen uno o más hijos representan el 30%.

Otro tipo de hogar que se torna importante para el análisis es el tipo monoparental femenino. Si se observa la diferencia entre los hogares monoparentales pobres y no pobres, hay una brecha de 7,4 puntos porcentuales. Evidentemente hay una mayor proporción de mujeres sin pareja conviviente entre los hogares pobres, lo cual requiere de medidas específicas y atención de parte de las políticas públicas. Considerando el estigma social que portan los hogares frente a la ausencia de la figura del va-

rón, la falta potencial de ingresos y de disponibilidad de tiempo de cuidado, sobre todo cuando hay hijos menores, es relevante apuntar que se necesita profundizar en el estudio de estos hogares para comprender qué carencias y fortalezas presentan, cómo enfrentan esas carencias y qué estrategias generan.

Pero no por ello deberían descuidarse otros tipos de hogares (biparentales) donde la brecha en la proporción entre pobres y no pobres aún es mayor; en el caso de los hogares biparentales tradicionales (hijos de ambos) la diferencia entre hogares pobres y no pobres es de 12,4 puntos porcentuales. Las políticas de reducción de la pobreza no podrían plantearse sin observar qué acontece y cómo son las relaciones de distribución, tanto de los recursos monetarios como del tiempo, en esta forma de convivencia.

En la distribución de hogares, los extensos y compuestos tienen una mayor proporción dentro del conjunto de los hogares pobres que entre los no pobres. Estos tipos de hogares generalmente tienen mayor cantidad de miembros y responden a formas de convivencia tendientes a minimizar gastos para las y los integrantes del hogar.

Cuadro 1. Distribución porcentual de las personas según situación respecto a la pobreza del hogar. Todo el país, 2007

	Hogares no pobres	Hogares pobres
Unipersonal	10,0	1,2
Biparental sin hijos	15,9	2,3
Biparental con hijos de ambos	38,2	39,9
Biparental con al menos un hijo de uno	5,6	12,3
Monoparental femenino	8,8	14,3
Monoparental masculino	2,0	0,7
Extenso y compuesto	16,0	26,4
Sin núcleo conyugal	3,6	2,7
Total	100,0	100,0

Fuente: Elaboración propia en base a ECH-INE, 2007

En la misma línea de análisis, si se observa la cantidad de personas que viven en hogares pobres y no pobres, se registra que una de cada cuatro personas no pobres viven en hogares unipersonales o biparentales sin hijos, -10,0% y 15,9% respectivamente- mientras en el caso de las personas en hogares pobres la cifra es de 3,5%.

El 52% de las personas que viven en hogares pobres lo hacen en hogares biparentales, ya sea con hijos de ambos cónyuges o con al menos un hijo/a de uno de ellos.

Otros tipos de hogares relevantes entre los hogares pobres son los extensos y compuestos, donde además de una pareja o un padre/madre con hijos/as vive otro

pariente o no pariente respectivamente. Esta situación representa a una de cada cuatro personas viviendo en hogares pobres.

Una vez más se resalta la importancia de atender a las condiciones de vida de personas en hogares pobres biparentales y en especial a las mujeres, quienes tienen a su cargo, y sin posibilidades de sustitución, la mayor parte del trabajo doméstico no remunerado y el cuidado de niños, niñas y dependientes.

División sexual del trabajo y escasez de ingresos: una combinación en detrimento de las mujeres

El orden de género imperante constituye la base de la división sexual del trabajo. Esta no sólo se expresa en la división de las tareas concretas que realizan hombres y mujeres, sino también en las normas sociales que lo regulan, las representaciones de lo femenino y lo masculino, el reconocimiento social y el poder para expresar opiniones y desarrollar proyectos personales y colectivos (Valenzuela, 2003).

La división sexual del trabajo, como categoría analítica, permite analizar cómo una sociedad se organiza y organiza a sus miembros y qué tareas (productivas/reproductivas) realiza cada persona para generar cierto producto, material o inmaterial. Además de la asignación de las tareas, en las sociedades se constituyen y establecen los valores que se asignan a estas actividades. El recorrido histórico muestra que las relativas al ámbito de lo reproductivo han sido las menos valoradas y siempre vinculadas a las expectativas del deber ser femenino.

Según Bravo (1998), la división sexual del trabajo constituye un factor estructural de la pobreza desde una perspectiva de género, ya que está en la base de las desigualdades de oportunidades que tienen personas de distinto sexo para acceder a recursos materiales y sociales (propiedad del capital, educación, trabajo remunerado, capacitación) así como a la toma de decisiones y participación en el ámbito de la política, la economía y las normas sociales.

Si bien las sociedades han avanzado en el reconocimiento de las desigualdades y se han propuesto e implementado políticas de igualdad, la división sexual del trabajo por la cual las mujeres continúan siendo las principales responsables del trabajo doméstico las mantiene en posiciones de subordinación. Esta distribución del trabajo ha llevado a usos del tiempo diferenciales entre varones y mujeres, por lo que se desprende de ello la necesidad de estudiar en profundidad las diferencias en el uso del tiempo, en la medida que esta dimensión expre-

sa desigualdades para el desarrollo de las capacidades y oportunidades de las mujeres.

Según datos del Informe sobre Uso del Tiempo y Trabajo No Remunerado en Uruguay (INE, 2008), el trabajo doméstico es el tipo de trabajo no remunerado que demanda mayor cantidad de horas y aquel que presenta una mayor brecha de género, es decir, donde se encuentran mayores desigualdades en el reparto de las tareas entre varones y mujeres. Del tiempo total destinado al trabajo no remunerado, el 78,3% está dedicado al trabajo doméstico (alimentación, vestimenta, limpieza, gestiones, cultivos de subsistencia, cuidado de mascotas y plantas).

Si bien el trabajo doméstico presenta cierto margen de “sustitución” en algunas tareas específicas a través del mercado –existe la posibilidad de compra de algunos servicios y elementos que alivianan la carga para los miembros del hogar–, las tareas que componen el trabajo doméstico, deben realizarse en todos los hogares. En Uruguay, se observan altas tasas de participación en el trabajo doméstico entre las mujeres de todos los tramos de edad, de distintos niveles educativos y de todos los niveles de ingresos (ver INE, 2008).

A su vez, la tasa de participación en el trabajo doméstico es la más elevada dentro del trabajo no remunerado, alcanzando un 95,1% de mujeres mayores de 14 años que realizan al menos alguna tarea. Esto es, solamente 4,9% de uruguayas están exentas de realizar trabajo doméstico.

Las diferencias significativas surgen a la hora de analizar la cantidad de tiempo dedicado a este tipo de trabajo. Mientras las mujeres declaran trabajar 28,6 horas semanales en promedio, los varones lo hacen 12,5 horas. Allí surge una primera diferencia ya que ellas dedican más del doble de tiempo que los varones al trabajo doméstico (INE, 2008).

Las diferencias en términos de niveles de ingreso

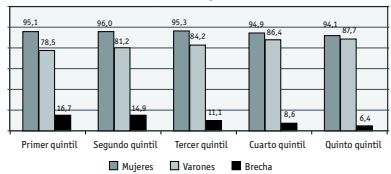
Al observar estos mismos indicadores (tasa de participación y tiempo dedicado) según los niveles de ingreso de los hogares, surgen claras diferencias entre varones y mujeres que se ven acentuadas por las desigualdades en los niveles de ingresos.

En el total de la población las mujeres declaran participar en un 95,1% mientras que los varones lo hacen en un 83,1%, esto genera una brecha de género de 12 puntos porcentuales, la cual es inferior a la que se genera entre varones y mujeres del primer y segundo quintil. Estos dos primeros niveles de ingresos son los que mayor desigualdad presentan en términos de relaciones de género con

brechas de participación de entre 15 y 17 puntos porcentuales.

Mientras que las mujeres en hogares con diferentes niveles de ingresos participan en el entorno del 95% en el trabajo doméstico, los varones lo hacen de forma marcadamente distinta según el quintil de ingreso per cápita del hogar en el que vivan. Los varones del primer quintil de ingresos, es decir de menores ingresos per cápita, participan en un 78,5% viéndose exentos de estas tareas el 21,5% de ellos, dos de cada diez. A medida que aumentan los ingresos en el hogar, la participación de los miembros varones también aumenta, observándose su mayor participación en el quinto quintil de ingresos donde el 88% participa de alguna tarea de trabajo doméstico, quedando exento en este caso un varón de cada diez perteneciente al quintil.

Gráfica 3. Tasa de participación en el trabajo doméstico según quintiles y sexo



Fuente: Elaboración propia en base a Módulo Uso del Tiempo ECH-INE, set. 2007

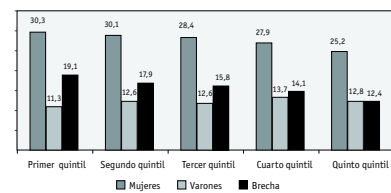
En términos de tiempo dedicado al trabajo doméstico, la situación se modifica con respecto a la participación. En este caso quienes presentan menor variabilidad son los varones, mientras que entre las mujeres se encuentran diferencias dependiendo del quintil de ingresos del hogar en el que residan.

El trabajo doméstico que realizan las personas en los hogares para el bienestar del colectivo de sus miembros insume en Uruguay 21,7 horas semanales. Las mujeres dedican 28,6 horas semanales al trabajo doméstico, con una variabilidad de 30 horas en el primer quintil de ingresos a 25 horas en el quinto quintil. Mientras que el total de los varones dedica 12,5 horas semanales. La brecha se sitúa en las 16 horas semanales.

Si se observa la dedicación por niveles de ingreso, las mujeres que viven en hogares con menores ingresos son las que más tiempo dedican al trabajo doméstico, mientras que las mujeres que viven en el quinto quintil dedican 5 horas menos. Esta diferencia entre las horas dedicadas por las mujeres se relaciona a la capacidad de sustitución que brinda la mayor disponibilidad de ingresos. Si bien 25 horas semanales es una carga de trabajo doméstico

importante, es evidente que estas pueden comprar en el mercado diversos servicios o productos que sustituyan su tiempo en la realización de la tarea. A medida que disminuye el nivel de ingresos de los hogares las mujeres aumentan su dedicación horaria al trabajo doméstico.

Gráfica 4. Promedio semanal de horas dedicadas al trabajo doméstico por sexo y quintiles de nivel de ingresos



Fuente: Elaboración propia en base a Módulo Uso del Tiempo ECH-INE, set. 2007

Si se observa la Gráfica 4, se notará que las mujeres del primer quintil, además de ser las que mayor carga de trabajo tienen, son las que enfrentan la mayor brecha de género en la realización de las tareas. Las relaciones de género en los hogares más pobres parecen más inequitativas y colocan a las mujeres en una posición de mayor subordinación. La brecha entre las mujeres y los varones de los hogares del primer quintil de ingresos alcanza casi las 20 horas semanales, si esto se traduce al horario de una jornada laboral en el mercado de empleo de lunes a viernes, estamos hablando de que las mujeres tienen un trabajo de 4 horas más en cinco días de la semana que los varones.

El tiempo dedicado al trabajo doméstico en los distintos hogares

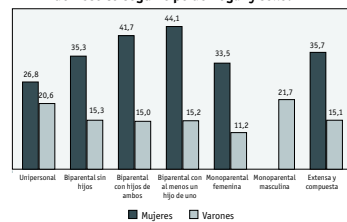
Si observamos la Gráfica 5, veremos cómo cambia la dedicación de las mujeres cuando cambia el tipo de hogar en el que viven y cómo no cambia la dedicación de los varones en estos hogares.

Cuadro 2. Tiempo dedicado al trabajo doméstico según sexo y situación en relación a la pobreza

	Hogares no pobres			Hogares pobres		
	Mujeres	Varones	Brecha	Mujeres	Varones	Brecha
Biparental con hijos de ambos	40,3	14,8	25,5	46,6	15,6	31,0
Biparental con al menos un hijo de uno	40,7	15,1	25,7	49,4	15,5	33,9
Monoparental femenino	30,9	11,2	19,7	40,1	11,1	29,0
Extenso y compuesto	33,4	14,5	18,9	40,7	16,1	24,5
Todos los hogares	34,6	15,8	18,8	42,5	15,3	27,2

Fuente: Elaboración propia en base a Módulo Uso del Tiempo ECH-INE, set. 2007

Gráfica 5. Promedio semanal de horas dedicadas al trabajo doméstico según tipo de hogar y sexo.



Fuente: Elaboración propia en base a Módulo Uso del Tiempo ECH-INE, set. 2007

En los tres tipos de hogares biparentales, los varones dedican entorno de 15 horas semanales al trabajo doméstico, mientras que en todos estos casos, las mujeres superan las 35 horas semanales de dedicación.

Si realizamos el análisis teniendo en cuenta la situación de pobreza de los hogares, observamos que este fenómeno de desigualdades se acentúa más aún para las mujeres que viven en hogares pobres.

Si bien esto abre una ventana de interpretaciones para entender el fenómeno de las desigualdades de género, se pretende poner énfasis en la importancia de la integración de la dimensión del uso del tiempo para la mejor comprensión de la vulnerabilidad de las mujeres.

La brecha de dedicación en los hogares biparentales reconstituidos que se encuentran por debajo de la línea de pobreza, alcanza las 34 horas semanales, lo que implica que las mujeres en estos hogares realizan casi 5 horas más de trabajo doméstico que los varones.

El hecho de que las mujeres en este tipo de hogares dediquen casi 50 semanales a tareas de limpieza, alimentación, compras y gestiones, tiene una implicancia directa con su falta de posibilidades de capacitación, búsqueda de empleo, autocuidado, etc.

Una vez más en el caso de los hombres, no parece afectar el tipo de hogar en el que vivan ni la situación

respecto a la pobreza, mientras que para las mujeres aumenta sustantivamente su dedicación horaria viviendo en hogares pobres y las brechas de género se agudizan.

Autonomía económica de las mujeres y reducción de la pobreza

Desde la perspectiva de género se considera que la percepción de ingresos propios confiere a las mujeres un mayor poder de decisión y de disposición de los recursos económicos del hogar en el que viven (Milosavljevic, op cit.). Si se utiliza la percepción de ingresos propios como un indicador para el análisis de género, se observan diferencias que limitan la autonomía de las mujeres que asociadas a otras situaciones, propenden a la mayor vulnerabilidad.

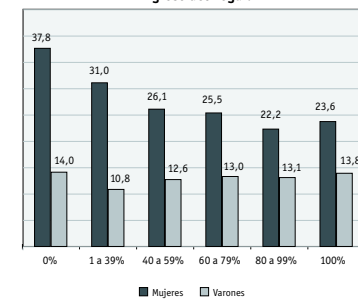
Mujeres con y sin ingresos propios y tiempo promedio de trabajo doméstico

La primera constatación en términos de dedicación al trabajo doméstico es que cuando las mujeres perciben ingresos monetarios propios dedican menos tiempo a este tipo de trabajo no remunerado. La diferencia llega a las 5 horas semanales de menor dedicación al trabajo doméstico entre las mujeres con ingresos propios. Sin embargo, esta afirmación parece tomar distinto peso según el quintil de ingresos del hogar en el cual las mujeres viven. En el caso del primer quintil de ingresos, la diferencia es de 2 horas semanales, mientras que en el quinto quintil se duplica, la diferencia es de 4 horas semanales. Esta diferencia a favor de las mujeres que tienen autonomía económica y que pertenecen a hogares no pobres podría vincularse a que sus mayores ingresos favorecen la “desfamiliarización” del trabajo doméstico, a través de su sustitución por trabajo asalariado doméstico y compras de comidas elaboradas en el mercado.

Un indicador pertinente para el análisis de la autonomía económica de las mujeres es el que mide el porcentaje de los ingresos que aportan las mujeres al hogar. Allí, se observa como el mayor aporte monetario de las mujeres resulta en menor carga horaria de trabajo doméstico, lo cual estaría confirmando lo establecido en la Gráfica 5.

La dedicación de los varones al trabajo doméstico es de 12,8 horas promedio, no presentando mayores diferencias según los aportes monetarios de las mujeres, sin embargo estas disminuyen sensiblemente su dedicación a medida que aumentan su participación en el ingreso del hogar.

Gráfica 5. Promedio semanal de horas dedicadas al trabajo doméstico según porcentaje de aporte de las mujeres al ingreso del hogar.



Fuente: Elaboración propia en base a Módulo Uso del Tiempo ECH-INE, set. 2007

Es relevante observar que cuando las mujeres no realizan aportes monetarios al hogar, los varones dediquen 14 horas semanales al trabajo doméstico, pero cuando éstas aportan más del 80% o la totalidad del ingreso los varones también dedican 14 horas semanales a las actividades del hogar.

Consideraciones no finales

En el inicio de este artículo se establece la hipótesis de que se presumen diferencias entre varones y mujeres para la superación de las condiciones de pobreza. A través del desarrollo analítico de algunas dimensiones centrales como el uso del tiempo y la autonomía económica observamos las fuertes diferencias entre varones y mujeres respecto a la realización de tareas de trabajo doméstico y al acceso a ingresos propios. Consideramos que existe entonces una estrecha relación entre ambos fenómenos los cuales se encuentran sólidamente arraigados en el actual contrato de género de la sociedad uruguaya. Si bien las mujeres uruguayas son precursoras en la región en términos de inserción laboral temprana en el siglo XX y altos niveles educativos, creemos que estos cambios no se acompañaron de una transformación más profunda de la división sexual del trabajo.

La mayor carga de trabajo doméstico entre las mujeres de todos los niveles de ingresos, pero más acentuadamente entre las de hogares de menores ingresos indica que aun educándose e incorporándose al mercado laboral las mujeres no han podido desprenderse del trabajo reproductivo y más precisamente del que tiene que ver con la supervivencia de los miembros del hogar (compra y pre-

paración de alimentos, limpieza de la vivienda, compra y mantenimiento de la vestimenta, gestiones y pagos de cuentas).

De acuerdo a la información presentada, el uso del tiempo en la realización del trabajo doméstico constituye una carga de trabajo importante para las mujeres en general y sobre todo para las mujeres que viven en los hogares pobres donde además se encuentra el mayor promedio de miembros por hogar. Que las mujeres del primer y segundo quintil de ingresos declaren realizar 30 horas semanales de trabajo doméstico, implica que cada día esas mujeres dedican algo más de 4 horas a actividades de supervivencia propia y para el resto de los miembros del hogar. Lo asombroso aquí es que el promedio de horas dedicadas por los varones de estos hogares es de 11 horas semanales, casi un tercio del tiempo dedicado por las mujeres. Si pensamos en qué otras tareas se ocupan esas el resto de las horas del día o de la semana evidentemente las posibilidades de búsqueda de empleo, capacitación y realización laboral de las mujeres del primer y segundo quintil se ven francamente comprometidas.

La estructura de los hogares tiene un papel central en la identificación de las situaciones de mayor carga de trabajo doméstico. Especial atención merecen los hogares biparentales por su peso cuantitativo (constituyen el 50% de los hogares pobres) y por las mayores desigualdades de género que presentan en el tiempo destinado al trabajo doméstico. Este hallazgo resulta interesante ya que en la mayoría de los casos, la atención de la opinión pública y también de los tomadores de decisión recae en los hogares monoparentales, entendiendo que las mujeres “solas” están en peores condiciones que las que tienen pareja. Al observar la situación de las mujeres que pertenecen a hogares biparentales pobres, vemos que éstas dedican en promedio más de 47 horas semanales al trabajo doméstico, sin embargo las mujeres que vienen en hogares monoparentales dedican 40 horas y este tipo de hogares representa el 14% de los hogares pobres mientras que los biparentales son 1 de cada 2 hogares pobres.

Si bien se observa que el mayor aporte económico de las mujeres resulta en una menor carga horaria de trabajo doméstico, para las mujeres pobres el aporte económico apenas incide en el tiempo destinado al trabajo doméstico. Probablemente sus bajos ingresos condicionan la capacidad de negociación y sobretodo de sustitución de su trabajo no remunerado por compras en el mercado o pago a otras mujeres por el mismo.

Para conocer en cabalidad las condiciones de negociación de varones y mujeres respecto al trabajo no remunerado y las barreras para el cambio en la distribución el abordaje cuantitativo ya no resulta suficiente, y habría

que internarse en las dimensiones del sentido y significado de este tipo de trabajo y la relación que guarda con la construcción de la masculinidad y feminidad.

Sin lugar a dudas investigaciones que combinen el abordaje cuantitativo y cualitativo, aportarían enormemente al mejor diseño de programas sociales dirigidos a la eliminación de la pobreza. Es fundamental plantar la necesidad de diálogo entre las condiciones de autonomía económica de las mujeres, y la posibilidad del cambio en la distribución de las actividades del hogar, promoviendo una redistribución que no solo lleve a democratizar las tareas dentro del hogar sino también habilitar la inserción de las mujeres en otras esferas de la vida social.

Políticas públicas que pretendan avanzar en la erradicación de las desigualdades entre hombres y mujeres deberán tener como propósito la modificación de la división sexual del trabajo. Un aspecto de ella es avanzar en como modificar la carga de trabajo doméstico que hoy realizan las mujeres observando cuales son los arreglos familiares que las sitúan en mayor desventaja y cuáles serían las opciones para distribuir de forma más equitativa las oportunidades de desarrollo entre varones y mujeres en los hogares.

Para esto el diálogo entre Academia y Estado se hace menester, y su eficiente comunicación e intercambio parece ser una vía en el mejor entendimiento del fenómeno de la desigualdad, su consecuente medición y potencial transformación.

Referencias bibliográficas

AGUIRRE, Rosario (2006), La perspectiva de género en el análisis de los procesos de empobrecimiento: la medición del uso del tiempo y el trabajo no remunerado. En Gioconda Herrera (ed.), La persistencia de la desigualdad: género, trabajo y pobreza en América Latina. CONAMU / FLACSO / Secretaría Técnica del Frente Social, Quito, Ecuador.

ARRIAGADA, Irma (2004), Dimensiones de la pobreza y políticas desde una perspectiva de género. Ponencia presentada en la Reunión de Expertos CEPAL. Ecuador, 2004 Disponible en: www.eclac.cl/mujer/reuniones/quito/IArriagada2.pdf

ASTELARRA, Judith (2005), Políticas conciliatorias: conceptualización y tendencias. En Luis Mora, María José Moreno y Tania Rohrer (coord.), Cohesión social, políticas conciliatorias y presupuesto público. GTZ / UNFPA, México.

BATHYÁNY, Karína (2005), Pobreza, desigualdades sociales y de género. En Enrique Mazzei (comp.), El Uruguay desde la Sociología III: Tercera Reunión Anual de Investigadores del Departamento de Sociología. DS-FCS-UDELAR, Montevideo.

BATHYÁNY, Karína; CABRERA, Mariana; SCURO, Lucía (2007), Perspectiva de género. Informe temático sobre la Encuesta Nacional de Hogares Ampliada. Disponible en: www.ine.gub.uy

BRAVO, Rosa (1998), Pobreza por razones de género: precisando conceptos. En Irma Arriagada y Carmen Torres (ed.), Género y pobreza: nuevas dimensiones. Ediciones de las Mujeres N° 26, ISIS, Santiago de Chile.

COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE –CEPAL– (2007), Panorama Social de América Latina 2007. CEPAL, Santiago de Chile.

CHANT, Sylvia (2003), Nuevas contribuciones al análisis de la pobreza: desafíos metodológicos y conceptuales para entender la pobreza desde una perspectiva de género. CEPAL, Santiago de Chile.

DAMIÁN, Araceli (2003), La pobreza de tiempo: una revisión metodológica. Revista Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, Vol. 18, N° 52, México.

DURÁN, María-Ángeles (2007), El valor del tiempo: ¿cuántas horas te faltan al día? Editorial ESPASA, España.

ESPING-ANDERSEN, Gösta (2000), Fundamentos sociales de las economías postindustriales. Ariel Sociología, Barcelona.

FRASER, Nancy (1997), Iustitia interrupta: reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”. Siglo del Hombre Editores / Universidad de los Andes, Bogotá.

Resumen

Partiendo del supuesto de que la pobreza y las oportunidades para su superación divergen entre varones y mujeres, este artículo debate sobre la medición de pobreza y desigualdades sociales desde una perspectiva de género. Para un riguroso análisis de esta temática, es indispensable el abordaje del fenómeno desde su multidimensionalidad. Una de estas dimensiones tiene que ver con la centralidad del tiempo en la vida de las personas. Para ello se considera sustantivo evidenciar las desigualdades entre varones y mujeres en el uso del tiempo y en la realización de trabajo no remunerado, poniendo énfasis en la mayor carga de este tipo de trabajo que se observa en las mujeres. A partir del módulo sobre Uso del Tiempo y Trabajo No Remunerado de la Encuesta Continua de Hogares (INE; 2007), el trabajo incorpora algunos de los indicadores sugeridos en los estudios más recientes de la región. Se trata de visibilizar las desigualdades de género en el interior de los hogares, la sobrecarga de trabajo no remunerado y en el tiempo que se destina al trabajo doméstico, lo cual se relaciona con el tipo de arreglo familiar, entre otros aspectos, lo que marca diferencias en la vida cotidiana de varones y mujeres.

Palabras clave: Desigualdad de género/Pobreza/ Trabajo no remunerado

Abstract

Assuming that poverty and opportunities for improvement differ between men and women, this article discusses the measurement of poverty and social inequalities from a gender perspective. For a rigorous analysis of this issue, it is essential to approach the phenomenon from its multidimensionality. One of these dimensions has to do with the centrality of time in the lives of people. To do so is considered evidence of substantive inequality between men and women in the use of time and in carrying out unpaid work, emphasizing the brunt of this kind of work that is observed in women. From the Module on time use and unpaid work of the Continuous Household Survey (INE, 2007), the article incorporates some of the indicators suggested in recent studies in the region. It is visible the gender inequalities within households, unpaid workloadand time spent on domestic work, which relates to the type of family arrangement, among other things, marking differences in the daily lives of men and women.

Keywords: Gender inequality / Poverty / Unpaid work